

Pedagogías Disruptivas y el Desafío de la Justicia Social bajo Regímenes Neoliberales

Pedagogies of Disruption and the Challenge of Social Justice under Regimes of Neoliberalism

Pedagogias de Perturbação e Desafio da Justiça Social sob Regimes do Neoliberalismo

Henry A. Giroux *

Universidad de McMaster

El neoliberalismo en el que nos encontramos actualmente es la última etapa del capitalismo, la más despiadada, y se caracteriza por una crisis económica, social y democrática latente. Las sociedades actuales, viven en una guerra constante, donde el racismo, la globalización y las injusticias sociales son las protagonistas indiscutibles de nuestros días. Frente a esta situación, la educación tiene el poder de luchar contra esta realidad. Es importante ser conscientes del fundamental papel político que tiene la educación, ya que moldea la forma en que los futuros ciudadanos piensan, desean y actúan. La educación tiene en sus manos la creación de intelectuales que luchen contra la opresión y puedan ser agentes de cambio social. La educación superior es, por ello, una de las pocas esferas públicas que tienen la posibilidad de mantener una cultura democrática real y cambiar así el rumbo de la historia.

Descriptor: Justicia social, Pedagogías disruptivas, Neoliberalismo.

Nowadays we find ourselves in a socio-political situation called neoliberalism, the last stage of capitalism, the most ruthless, and is characterized by a latent economic, social and democratic crisis. Modern societies are living in a constant war where racism, globalization and social injustice are the undisputed protagonists of today. Faced with this situation, education has the power to fight against this reality. It is important to be aware of the fundamental political role of education, considering that shapes the way in which future citizens think, wish and act. Education has in his hands the power of create intellectuals who fight against oppression and to be agents of social change. Higher education is therefore one of the few public spheres that has the ability to have a real democratic culture and thus change the course of history.

Keywords: Social justice, Pedagogies of disruption, Neoliberalism.

*Contacto: girouxh@mcmaster.ca

O neoliberalismo em que nos encontramos atualmente é o último estágio do capitalismo, o mais cruel, e é caracterizado por uma crise econômica, social e democrática latente. As sociedades modernas, que vivem em uma guerra constante, onde o racismo, a globalização e injustiça social são as estrelas indiscutíveis de hoje. Perante esta situação, a educação tem o poder de lutar contra esta realidade. É importante estar ciente do papel político fundamental da educação, e que molda a forma pela qual os futuros cidadãos pensam, querem e agem. A educação tem em suas mãos a criação de intelectuais que lutam contra a opressão e ser agentes de mudança social. O ensino superior é, portanto, uma das poucas esferas públicas que têm a capacidade de ter uma cultura democrática real e, assim, mudar o curso da história.

Palavras-chave: Justiça social, Pedagogias de perturbação, Neoliberalismo.

Este artículo ha sido traducido por Nina Hidalgo Farran y Miguel Stuardo Concha.

Cualquier análisis de la educación superior debe situarse dentro de la crisis de democracia que ha impactado a los Estados Unidos y Europa desde la década de 1970, junto con el aumento del terrorismo de Estado que se ha intensificado después del 11 de septiembre de 2001 con los ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono. Lo que hemos visto en un grupo de países ha sido la aparición de una forma salvaje del fundamentalismo de libre mercado, a menudo llamado neoliberalismo, en el que no sólo existe una profunda desconfianza de los valores públicos, los bienes públicos y las instituciones públicas, sino también un abrazo incondicional a una ideología de mercado que aumenta el poder de la élite financiera y las grandes empresas. En conjunto, los distintos regímenes del neoliberalismo han despedazado las culturas y las instituciones formativas necesarias para la supervivencia de la democracia, colocando las instituciones de ordenamiento de la sociedad en manos de poderosos intereses corporativos y fanáticos derechistas cuyo control estrangulador sobre la política hace disfuncional y corrupto las ruinas de un *ethos* democrático (Bourdieu, 1998; Duménil y Levy, 2001; Giroux, 2008, 2013b; Hall, 2011; Harvey, 2007; Leys, 2001; Martin, 2002; Saad-Filho y Johnston, 2005; Steger y Roy, 2010).

El neoliberalismo contemporáneo es la etapa actualizada y más despiadada de la historia del capitalismo moderno, superando en su rapacidad el fundamentalismo de libre mercado hecho famoso por Friedrich Hayek (2007) y Milton Friedman (2002) cuya búsqueda neoliberal para consolidar el poder de clase ahora tiene un alcance global, aun cuando exhibe un brutal desprecio por el contrato social. Como Robert McChesney (2014) ha argumentado, puede ser comparado con el "liberalismo clásico pero con los guantes puestos". En otras palabras, el neoliberalismo es el liberalismo sin culpabilidad y sin voluntad de proporcionar concesiones políticas - una forma más depredadora del fundamentalismo de mercado que es tan cruel como ortodoxa en su desprecio por la democracia. El viejo liberalismo creía en disposiciones sociales y, bajo presión, en los reclamos de justicia social y económica. El neoliberalismo, en cambio, considera que el discurso de la igualdad, la justicia y la democracia es pintoresco, por no decir peligroso. Su objetivo es trivializar todo lo público, destripar la vida pública y destruir cualquier noción del bien común. Más que una simple intensificación del liberalismo clásico, el neoliberalismo contemporáneo representa una confluencia, una coyuntura histórica, en la que los elementos más perversos del capitalismo se han unido para crear algo nuevo y

mucho más cruel, amplificado por medio de la financiación del capital y el desarrollo de una soberanía corporativa que no toma prisioneros.

El neoliberalismo es la última etapa del capitalismo depredador, es parte de un proyecto más amplio de restaurar el poder de clase y consolidar rápidamente la concentración de capital. Se trata de un proyecto político y económico que constituye una ideología, un modo de gobierno, una política y una forma de pedagogía pública. Como ideología, interpreta la obtención de lucro como la esencia de la democracia, el consumo como la única forma operativa de la ciudadanía y una creencia irracional en el mercado para resolver todos los problemas y como modelo para la estructuración de todas las relaciones sociales. Como modo de gobierno produce identidades, temas y formas de vida libre de las regulaciones del gobierno, se conduce por la ética de la supervivencia del más fuerte, fundamentado en la idea de individuos libres y posesivos, comprometido con el derecho de las instituciones y grupos dirigentes que acumulan riqueza sin dar importancia a los asuntos de la ética y los costos sociales. Como política y proyecto político, el neoliberalismo vive en matrimonio con la privatización de los servicios públicos, la venta de las funciones estatales, la desregulación de las finanzas y el trabajo, la eliminación del estado de bienestar y los sindicatos, la liberalización del comercio de bienes y la inversión en capital, la mercantilización y comercialización de la sociedad. Como una forma de pedagogía pública y política cultural, el neoliberalismo proyecta todas las dimensiones de la vida en los términos de racionalidad del mercado. Una de las consecuencias es que el neoliberalismo legitima una cultura de la crueldad, la competitividad y salarios duros, legitima una guerra contra los valores públicos y esferas públicas que cuestionan la regla y la ideología del capital. Se socava el fundamento democrático de la solidaridad, se degrada la colaboración y se rompen todas las formas de obligación social. Bajo el régimen del neoliberalismo, la democracia se ha debilitado y se convierte en una forma de autoritarismo único en el siglo XXI. Lo que distingue a la nueva modalidad del autoritarismo es que está impulsada por una clase criminal de poderosas élites financieras y políticas que se niegan a hacer concesiones políticas (Currie, 1997; Ferguson, 2014). Estas élites no tienen lealtad a los estados nación y no se preocupan por el daño que hacen a los trabajadores, el medio ambiente o el resto de la humanidad. Ellos son sociópatas desquiciados, muy alejados de lo que el movimiento *Occupy* llamó el "99 por ciento" (Derber, 2013). Ellos son la nueva clase cerrada que flota por encima de las fronteras nacionales, leyes y formas de regulación. Son una élite global cuya misión es transformar todos los estados nacionales en instrumentos para aumentar su riqueza y poder. El nuevo autoritarismo no es sólo equivalente a una crisis de la democracia, también se trata sobre la colocación de límites, sobre el sentido de la política y de la eliminación de las instituciones capaces de producir crítica, compromiso y agentes socialmente responsables.

Cada vez más el campo de la política se ha deslizado hacia una forma de mercado basada en el autoritarismo. El dinero ahora conduce la política en Estados Unidos y en un gran número de otros países. El Congreso y los dos principales partidos políticos se han vendido a sí mismos al poder corporativo. Las campañas son financiadas en gran parte por la élite financiera tales como los derechistas hermanos Koch, Sheldon Adelson, las principales empresas de defensa tales como Lockheed Martin (2001), y las principales instituciones financieras como Goldman Sachs. Como señaló un informe de 2013 de la Universidad de Princeton, la política en Washington DC no tiene nada que ver con los deseos de las personas, sino que está determinada casi completamente por las

masivamente ricas y grandes corporaciones, siendo esto facilitado por *Citizens United* y gran número de otras leyes apoyadas por una mayoría conservadora de la Corte Suprema. Por lo tanto, no debería ser una sorpresa que los investigadores de la Universidad de Princeton Martin Gilens y Benjamin Page (2014) llegaran a la conclusión de que los Estados Unidos es, básicamente, una oligarquía donde el poder se ejerce por un pequeño número de élites. Como Chris Hedges (2010) ha argumentado, "No queda ninguna institución nacional que con precisión se puede calificar de democrática."

Las sociedades neoliberales, en general, existen en un perpetuo estado de guerra, una guerra librada por las élites financieras y políticas en contra de los grupos de bajos ingresos, los ancianos, las minorías de color, los desempleados, las personas sin hogar, inmigrantes y cualesquiera otros que la clase gobernante considere desechable. También las poblaciones desechables consignadas a una vida de exclusión terminal incluyen a estudiantes, jóvenes desempleados y miembros de los trabajadores pobres así como la clase media que no tienen recursos, puestos de trabajo o esperanza. Son los sin voz y sin poder cuyo sufrimiento está envuelto por la presencia fantasmal de la vacuidad moral y la naturaleza criminogénica del neoliberalismo. Son el mayor miedo del neoliberalismo y una amenaza potencial en una sociedad que ha capitulado ante las fuerzas que dirigen el mercado.

Lo que es especialmente inquietante sobre el neoliberalismo en los Estados Unidos hoy en día es que el contrato social y salario social no tiene defensores; y que están siendo destruidos por los políticos e intelectuales contrarios a lo público en ambos lados del espectro político. La libertad y la liberación se simplifican, para ser usado en comerciales necios y lemas vacíos usados para igualar capitalismo con democracia. En otras palabras, la esfera pública y las instituciones que apoyan las ayudas sociales y mantienen los valores públicos con vida en los Estados Unidos han sido objeto de un ataque sostenido. Tal asalto no sólo ha producido una serie de políticas que han ampliado la miseria, el sufrimiento y las penurias de millones de personas, sino también han reforzado una creciente cultura de la crueldad en la que los que sufren las desgracias de la pobreza, el desempleo, empleos de baja cualificación, la falta de vivienda, y otros problemas sociales son objeto de humillación y desprecio (Giroux, 2013a).

Al mismo tiempo, la libertad y los derechos civiles se enfrentan a un asalto directo mientras el racismo se extiende por toda la cultura estadounidense como un reguero de pólvora, ejemplificado en tendencias como la escalada del hostigamiento policial hacia jóvenes negros y morenos (Alexander, 2012; Mathis, 2014; Rios, 2011). Un racismo persistente también puede ser visto en el ataque a las leyes de derechos de voto; en el encarcelamiento masivo de los varones afroamericanos; y en las invectivas racistas que se han vuelto prominentes entre los Republicanos de derecha y los señores del *Tea Party*, la mayoría de las cuales apuntan al presidente Obama (DiMaggio, 2011). Al mismo tiempo los derechos reproductivos de las mujeres están siendo violentamente socavados y hay un ataque en curso sobre los inmigrantes (Feld, 2007). La educación a todos los niveles se está desfinanciando y se define cada vez más como un sitio de entrenamiento en lugar de definirla como un espacio para el pensamiento crítico, el diálogo y la pedagogía crítica (Giroux, 2012).

Y más aún, la democracia estadounidense ha sido casi aplastada por la aparición de una seguridad nacional y el estado de guerra permanente. Esto es evidente no sólo en interminables guerras en el extranjero. También como Edward Snowden aclaró, los

Estados Unidos es ahora un estado de vigilancia que ilegalmente recolecta grandes cantidades de información desde diversas fuentes sobre ciudadanos que no son culpables de ningún delito (Greenwald, 2014).

Además, la aprobación de una serie de leyes como la Ley Patriota (*PATRIOT Act*), la Ley de Comisiones Militares (*Military Commission Act*), la Ley de Autorización de Defensa Nacional (*National Defense Authorization Act*), y muchas otras destinadas a triturar el debido proceso, dan al poder ejecutivo el derecho de detener a los prisioneros indefinidamente sin cargos ni juicio, de aprobar una lista presidencial de asesinatos y de llevar a cabo escuchas telefónicas sin orden judicial. Tanto Bush como Obama reclamaron el derecho de matar a cualquier ciudadano que se considere terrorista o ayudante del terrorismo. Actualmente asesinatos selectivos se llevan a cabo con normalidad mediante aviones no tripulados que se sabe que están matando a niños inocentes, adultos y toda clase de personas (Greenwald, 2014). También bajo el mandato de Bush existió la práctica vergonzosa, y en menor medida con Obama, de tortura sancionada por el Estado junto con la negativa por parte del gobierno para procesar a los agentes de la CIA y otras personas que voluntariamente participan en abusos sistemáticos que están claramente tipificados como crímenes guerra.

Con la publicación del informe del Comité de Selección de Inteligencia del Senado sobre la tortura, se hace evidente que a raíz de repugnantes ataques terroristas del 9/11, los Estados Unidos entró en una nueva y bárbara etapa de su historia en la que los actos de violencia y la depravación moral no sólo se abrazó sino que se celebró. Ciertamente, esto no quiere decir que los Estados Unidos no haya participado en actos delictivos e ilegales a lo largo de su historia o que no haya cometido actos de brutalidad etiquetables como actos de tortura. Nuestra historia es clara e incluye no sólo el apoyo y la participación en actos de violencia indiscriminada y la práctica de tortura junto a dictaduras derechistas latinoamericanas en Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil en la década de 1970, sino también el asesinato premeditado y la tortura de civiles en Vietnam, Irak y más tarde en Guantánamo, Abu Ghraib y Afganistán. Estados Unidos no es ajeno a la tortura, ni es un país libre de complicidad en la ayuda a otros países destacados por sus abusos de los derechos humanos. Noam Chomsky (1984) y Edward Herman (2001) nos recordaron llevándonos hacia 1979 que de los "35 países que usaban la tortura de forma administrativa a finales de 1970, 26 eran cliente de los Estados Unidos."

Otros indicadores de la caída de los Estados Unidos en la barbarie es el creciente protagonismo del Estado castigador racial a través de la tubería que va de la escuela a la cárcel, lo que afecta de manera desproporcionada a los niños de color; la criminalización de una serie de problemas sociales; un sistema masivo de encarcelamiento; la militarización de las policías locales; y el uso continuo de la violencia estatal contra los disidentes juveniles (Alexander, 2012; Davis, 2012). La prisión se ha convertido en el modelo para un tipo de castigo sigiloso que ha impactado en las escuelas públicas en la que los niños pequeños pueden ser arrestados por violar algo tan trivial como un código de vestimenta (Fuentes, 2013; Giroux, 2009). El modelo de cultura punitiva de la prisión es también evidente en una serie de servicios sociales donde las personas pobres se ponen bajo vigilancia constante y son castigadas por infracciones menores (Gurr, 2003). De hecho, en toda la cultura, vemos la militarización de la vida cotidiana en la celebración sin fin de lo militar, la policía y los fundamentalismos religiosos, todos los cuales son tenidos en alta estima por el público estadounidense, a pesar de su naturaleza autoritaria manifiesta. Lo que esta lista contiene es el hecho innegable de que en los

últimos cuarenta años Estados Unidos ha lanzado un ataque sistemático no sólo a la práctica de la justicia, sino a la idea misma de la democracia.

Más recientemente, hemos sido testigos del desarrollo de una crisis existencial colectiva, evidente en la desesperación y la despolitización que han afectado a gran parte de la población estadounidense, sobre todo desde el 9/11 y la crisis económica de 2008. La crisis económica ya ha sido acompañada de una crisis de ideas y muchas personas se han rendido a una ideología neoliberal que limita su sentido de agencia definiéndolos principalmente como consumidores, que los somete a una cultura generalizada del miedo, que les echa la culpa de los problemas que no son causados por ellos y les lleva a creer que la violencia es la única fuerza mediadora a su disposición. Mientras las fuerzas neoliberales colonizan la cultura popular y su cuota de placer, la gente es llevada a suponer que el espectáculo de la violencia es el único camino a través del cual no se puede sentir. ¿De qué otra forma interpretar las encuestas que muestran que una mayoría de los estadounidenses apoyan la pena de muerte, la tortura, la vigilancia del gobierno, la guerra de drones, el complejo industrial de prisiones y las políticas de la escuela de tolerancia cero que castigan a los niños? (Bouie, 2014). La confianza, el honor, la intimidad, la compasión y preocupación por los demás están considerados como cosas que estorban, mientras que el interés por lo propio se ha vuelto más importante que el interés general y el bien común.

En una sociedad así el egoísmo y una descontrolada celebración del individualismo han llegado a ser, como Joseph E. Stiglitz (2015) ha argumentado, "la última forma de desinterés". Es decir, una consecuencia extrema del neoliberalismo es que muestra como virtud la producción de una serie de crisis generales, y a su vez, crea una crisis existencial sobre la agencia personal y la subjetividad, las cuales son la savia y vitalidad de la democracia. Dentro del discurso del neoliberalismo, las estructuras sociales, políticas y económicas más grandes desaparecen sustituidas por el mantra de la responsabilidad individual. Los individuos son culpabilizados exclusivamente por los problemas que enfrentan haciéndoles impotentes frente a grandes modos estructurales de la opresión. No hay nada en esta modalidad contemporánea de la culpa y cultura de la crueldad que sugiera alguna relación con el funcionamiento interno del fundamentalismo neoliberal de mercado. Por otra parte, la crisis económica se intensificó en sus peores dimensiones. El origen de la crisis existencial que muchos estadounidenses se enfrentan está en la mentira en las raíces del neoliberalismo, sobre todo desde su creación en la década de 1970, cuando la socialdemocracia fue incapaz de frenar el capitalismo depredador y la economía se convirtió en la fuerza motriz de la política e impuso cada vez más una racionalidad de mercado de la totalidad del orden social. Después de la década de 1980, el neoliberalismo ya no se convirtió en un modelo para el mercado simplemente; se convirtió en un modelo que rige la totalidad de la vida social. De este modo, se ha librado una guerra contra el estado de bienestar, las prestaciones sociales, los sindicatos, los bienes públicos y cualquier otra institución que contradiga la lógica de la privatización, desregulación y mercantilización.

Creo que es justo decir, siguiendo a Hannah Arendt (2006), que cada país desarrollará su propia forma de autoritarismo enraizado en la historia, la pedagogía, y tradiciones culturales que le permiten reproducirse. En los Estados Unidos, habrá un aumento de la represión de tipo militar para hacer frente a las inevitables crisis económicas, ecológicas y políticas que se intensificarán en el marco del nuevo autoritarismo. En este caso, el llamado será en gran medida a la seguridad, reforzada por una cultura del miedo y un

llamado intensificado al nacionalismo. Una "guerra dura" que despliega la violencia estatal contra el pueblo estadounidense se complementará con una "guerra blanda" librada en el frente cultural con la ayuda de las nuevas tecnologías electrónicas de consumismo y de vigilancia. Habrá un esfuerzo en toda regla por reclutar la influencia pedagógica de diversos aparatos culturales, que se extienden desde las escuelas y las formas más antiguas de los medios de comunicación, por una parte, hasta los nuevos medios y modos digitales de comunicación, por otro. Estas herramientas educativas se utilizarán para producir elementos de personalidad autoritaria, al mismo tiempo que la trituración en lo posible de cualquier forma de disidencia y lucha colectiva. En tales condiciones, la soberanía del Estado será reemplazada permanentemente por la soberanía corporativa, dando sustancia al fantasma del totalitarismo que Michael Halberstam (1999) dijo una vez que "persigue el ideal moderno de la emancipación política".

La guerra del neoliberalismo contra el estado social ha producido nuevas formas de daño colateral. Las redes de seguridad son destruidas y los lazos sociales minados, el neoliberalismo se basa en una versión del darwinismo social, tanto para castigar a sus ciudadanos como para legitimar su política de exclusión y violencia, al mismo tiempo, busca convencer a la gente de que la nueva normalidad es un estado constante de miedo, de inseguridad y de precariedad. Su objetivo es individualizar lo social, en consecuencia todos los problemas sociales y sus efectos se codifican como fallas individuales de personajes arraigados en una falta de responsabilidad individual o, peor aún, en una forma de psicopatología (Giroux, 2014c). Como las concesiones políticas se convierten en reliquias de un estado de bienestar en largo abandono, el sentido colectivo de la imaginación ética y de la responsabilidad social hacia las personas vulnerables o en necesidad de atención se han envanecido para servir a los intereses de los mercados globales. La vida se experimenta ahora como una zona de guerra, con un número creciente de personas consideradas desechables, en particular los que están considerados como un estorbo al capitalismo y su búsqueda depredadora y sin fin por el poder y los beneficios.

La mortalmente angustiante política de desechabilidad, evidentes en la ola de medidas de austeridad en el trabajo en América del Norte y Europa, es un resultado sistémico del capitalismo neoliberal, ya que participa activamente en las formas de liquidación de activos y el control social (Giroux, 2014a). En los últimos años, la noción de desechabilidad se ha convertido en uno de los principios de organización más poderosos del neoliberalismo mundial, haciendo que millones sean despedidos de acuerdo a las leyes de un mercado de salarios violentos contra el 99 por ciento y a favor de las nuevas élites financieras. Bajo el régimen del neoliberalismo, los estadounidenses viven en una sociedad en que segmentos cada vez mayores de la población están siendo espiados, considerados terroristas potenciales y sujetos a un modo de estado y anarquía corporativa en la que la arrogancia del poder no conoce límites. Como la sociedad estadounidense está cada vez más militarizada, las políticas y prácticas de desechabilidad se han convertido en una lacra social que considera a toda la población como un excedente para ser relegado a zonas de muerte social, abandono, vigilancia y encarcelamiento.

Lo que ha surgido en esta particular coyuntura histórica es la forma en que los jóvenes, especialmente de bajos ingresos y jóvenes pobres que pertenecen a minorías, se les niega cada vez más un lugar en un orden social ya debilitado. El grado en que los jóvenes ya

no se ven como fundamentales para el futuro de las sociedades neoliberales es sorprendente. Un indicador de lo que podría llamarse la guerra contra los jóvenes de la clase trabajadora puede verse en la creciente exclusión de estos en educación superior. El ascenso por las nubes en las tasas de matrícula, el desfinanciamiento y la mercantilización de la educación superior, la creciente carga de deuda de los estudiantes, junto con la creciente brecha de riqueza y de ingresos a través de toda la sociedad, han empujado a muchos jóvenes de bajos ingresos y jóvenes pobres de las minorías hacia sitios deshabitados y de exclusión terminal que van desde escuelas públicas conflictivas hasta prisiones.

Lo que hay que subrayar es que la creciente mercantilización de la educación superior con toda seguridad socavará su importante papel de esfera pública democrática como sitio donde los estudiantes pueden aprender a abordar importantes cuestiones sociales, ser auto reflexivos, y aprender los conocimientos, los valores y las ideas centrales para profundizar y ampliar sus capacidades para comprometerse y ser agentes críticos. Este papel de la educación superior es percibido por los acólitos neoliberales como peligroso, ya que tiene el potencial de educar a los jóvenes para pensar de manera crítica y para aprender que el poder debe rendir cuentas (Giroux, 2014b). Por desgracia, con la universidad corporativa definiendo muchos aspectos de la gestión pública, del plan de estudios, de las finanzas y los asuntos académicos, la educación se ha convertido en gran medida en entrenamiento, creando una clase de directivos de élite, haciendo viscerales las formas de conocimiento que amenazan el statu quo. Cualquier tema o modo de conocimiento que no sirve a las necesidades instrumentales del capital, especialmente todo aquello que pueda evocar formas de vigilancia moral y acción política colectiva, es mostrado como desechable lo que sugiere que lo único que vale la pena es el valor que se puede transar. La universidad corporativa es la máxima expresión de una máquina de *desimaginación* que en sus esfuerzos por reducir la práctica pedagógica a nada más que una transacción comercial, emplea un estilo autoritario del poder desde arriba hacia abajo; imita una cultura empresarial; infantiliza a los estudiantes tratándolos como consumidores; y despolitiza la facultad mediante la eliminación de todas las formas de gobierno. Como William Boardman (2014) argumenta, la destrucción de la educación superior:

Por las fuerzas del comercio y la política autoritaria es un triste ejemplo de cómo el ethos democrático (educar a todos según su capacidad, de forma gratuita y libre) ha dado paso a la explotación (convirtiendo a los estudiantes en un centro para obtener ganancias que genera el daño colateral fortuito de alimentar la desigualdad).

Como co-conspiradora en la toma por parte del poder neoliberal del orden social, la educación superior hoy en día no tiene nada que decir acerca de enseñar a los estudiantes a cómo pensar por sí mismos en una democracia, a cómo comprometerse con otros o cómo abordar a través del prisma de los valores democráticos la relación entre ellos mismos y el resto del mundo. Por lo tanto, los estudiantes son tratados como mercancías y datos de investigación -o peor aún, como indicadores de desempeño institucional- para luego ser ingeridos y escupidos como potenciales buscadores de empleo hacia quienes la educación se ha convertido solo en una forma de entrenamiento. A los estudiantes se les enseña ahora a ignorar el sufrimiento humano y se centran principalmente en su propio interés, y al hacerlo, están siendo educados para existir en un vacío político y moral. La educación bajo el neoliberalismo es una forma de despolitización, que mata la imaginación radical y la esperanza de un mundo más justo, equitativo y democrático.

Nunca se hace suficiente énfasis en que la muerte lenta de la universidad como un centro de creatividad, de crítica, base fundamental de la educación cívica, y un bien público crucial prepara el escenario para el surgimiento de una cultura nacional que produce y legitima una sociedad autoritaria. La mercantilización de la educación superior puede, de hecho, constituir el asalto más grave contra la democracia. Ciertamente da lugar a un tipo de irreflexión e inconsciencia que Hannah Arendt (2006) creía que era el núcleo del totalitarismo. Un destello de tal irreflexión ha estado en exhibición en la Universidad de Rutgers, que ha presentado recientemente un doctorado honoris causa a Condoleezza Rice, al tiempo que ofrece pagarle \$35.000 por dar un discurso de graduación. Este gesto fue motivado claramente por intereses políticos. ¿De qué otra manera se podría explicar dar un título tan prestigioso a alguien que un número importante de personas considera un potencial criminal de guerra? (Cohn, 2014; Goodman, 2014). Este ejemplo es sólo uno de los muchos que muestran cómo la educación superior se ha convertido en lo que el presidente Eisenhower llamó una vez el complejo militar-industrial-académico (Giroux, 2007).

Uno de los elementos más preocupantes del intento de la universidad corporativa para librar una guerra contra la educación superior es la reducción continuada de profesores de tiempo completo, los números muestran que en su mayoría se reducen o son reemplazados por profesores a tiempo parcial con un mínimo de poder, beneficios y seguridad. No sólo el profesorado a tiempo parcial y el profesorado no numerario en los Estados Unidos es desmoralizado, sino que cada vez más pierde derechos y poder, aunque es cierto que muchos califican para cupones de alimentos y viven un poco por encima del nivel de pobreza. Demasiados educadores se encuentran a sí mismos posicionados como mano de obra subalterna y mirando al abismo. Como resultado, muchos se encuentran reacios a abordar los actuales ataques a la universidad o se muestran perplejos sobre cómo el lenguaje especializado y profesional les impide conectar su trabajo con los problemas sociales y cívicos más importantes. Impidiendo el desarrollo de una relación significativa con el sistema de gobierno democrático más grande, la retirada de la academia de la vida pública deja un vacío ético e intelectual en la educación superior, mientras se transforma a educadores críticos en partidarios plenamente integrados y seguidores en la universidad corporativa.

La gravedad de la disminución de la cantidad de intelectuales públicos que están dispuestos a hacer frente a importantes cuestiones sociales, que están dispuestos a ayudar a los movimientos sociales y a utilizar su conocimiento para crear una cultura formativa crítica no puede ser exagerada. Por otra parte, la retirada de los intelectuales en la lucha contra el neoliberalismo y otras formas de dominación está ahora, de forma alarmante, acompañada por el aumento de los intelectuales anti público que se han vendido al poder corporativo. Si bien la lista es demasiado larga para ser elaborada de una sola vez tendría que incluir a teóricos culturales como Thomas Sowell, Shelby Steele, y John McWhorter, por un lado, y a los fanáticos partidarios del neoliberalismo como Martin Feldstein, Glenn Hubbard, Frederic Mishkin, Laura Tyson, Richard Portes, John Campbell y Larry Summers.

Estos llamados “intelectuales” son los enemigos de la democracia y se esfuerzan por imponer ciertas subjetividades y valores que se basan en la idea de que el capitalismo, en lugar de las personas, es el agente de la historia. Estos intelectuales no critican la democracia en aras de la mejora; sino que más bien, hacen todo lo que pueden para socavar los principios democráticos. Estos intelectuales son comprados y vendidos por la

élite financiera y social del momento y no son más que títeres ideológicos de los cuales utilizan sus habilidades para destruir el contrato social, el pensamiento crítico, y todas aquellas instituciones sociales capaces de construir valores no mercantilizadores y esferas públicas democráticas. El objetivo de estos intelectuales es, por lo tanto, normalizar las ideologías, modos de gobernar y políticas que reproducen las desigualdades masivas y sufrimiento para la mayoría, mientras generan privilegios exorbitantes para la élite empresarial y financiera. La creciente presencia de estos intelectuales es síntoma del hecho de que el neoliberalismo representa una nueva coyuntura histórica en la que las instituciones culturales y el poder político han adquirido una nueva vida en la conformación de la política. Por ejemplo, se puede argumentar que si la crisis económica no se corresponde con una crisis de ideas es porque la élite corporativa ahora controla los mecanismos culturales que producen y difunden las ideas, los valores y las ideologías que trabajan para normalizar las ideologías de mercado, tanto políticas como prácticas. Y es precisamente en el frente ideológico que el neoliberalismo ha sido capaz de legitimar la idea de que el valor más importante es el interés propio, que el egoísmo es una virtud, que el consumismo es el acto más noble de la ciudadanía y que el militarismo es un ideal muypreciado.

De hecho, el creciente ejército de intelectuales anti-sistema público que funcionan en gran parte como complementos del complejo industrial-académico militar y sirven a los intereses de la élite financiera, constituyen una prueba de cómo el vasto mecanismo neoliberal de relaciones pedagógicas se ha convertido en un mecanismo que privilegia la desregulación, la privatización, mercantilización y la militarización de la vida cotidiana. Lo que debe ser constantemente traído a nuestra atención en este momento de nuestra historia es que la educación pública y superior no son los únicos espacios donde se educa. La fuerza educativa de la cultura mayoritaria se ha convertido en una esfera importante donde las identidades, deseos y las acciones cogen forma. Esto cobra especial relevancia en la cultura popular, que ha sido colonizada, en gran parte, por las corporaciones y se utiliza cada vez más para reproducir la cultura del consumismo y el analfabetismo social. La principal corriente cultural popular es una distracción a través de la cual las emociones de la gente se canalizan hacia los espectáculos, a menudo violentos, mientras se sofocan así todos los vestigios de la imaginación. La cultura americana ahora promueve en gran medida la idea de que cualquier acto de pensamiento crítico es un acto de estupidez, al tiempo que ofrece la ilusión de la voluntad a través de trucos como la votación de *American Idol*.

Lo que es crucial tener en cuenta acerca de la cultura popular es que no se trata simplemente de entretenimiento: también funciona para producir deseos particulares, subjetividades e identidades en los individuos. La cultura popular se ha convertido en uno de los espacios y medios más importantes y poderosos de la educación, o de lo que he llamado “una forma opresiva de pedagogía pública” (Giroux, 2014). Cine, televisión, radio, charlas, videojuegos, periódicos y redes sociales no sólo nos entretienen sino que también están enseñando máquinas que ofrecen interpretaciones del mundo y en gran medida funcionan para producir un público con horizontes políticos limitados. Estos medios de la cultura popular excitan y crean una sensibilidad de masas que es propicia para el mantenimiento de un cierto nivel de consentimiento, mientras que la

¹ *Reality* que busca talentos musicales en América.

legitimación de los valores dominantes, las ideologías, las relaciones de poder y las políticas mantienen los regímenes del neoliberalismo.

Hay una serie de registros a través de los cuales una cultura popular impulsada por el mercado produce sujetos dispuestos a ser cómplices de su propia opresión. La cultura de la celebridad, por su parte, colapsa al público a lo privado y refuerza un cierto nivel de consumo irreflexivo. La cultura de la vigilancia socava la autonomía y está interesada en gran parte en encerrar a la gente en órbitas que les estrangulan a la privatización y la atomización. Una cultura popular militarizada ofrece hasta violencia y un modelo hiper-masculino de la acción así como un lugar de entretenimiento y una fuerza mediadora a través del cual se puedan resolver todos los problemas. De hecho, la violencia se ha convertido en el elemento más importante de poder y fuerza mediadora que afecta las relaciones sociales. La publicidad que impregna todos los elementos de las funciones de la cultura popular para convertir a la gente en consumidores, sugiere que la única obligación de la ciudadanía es comprar. En conjunto, estos elementos funcionan en gran parte como una manera de despolitizar la población, distraer a la gente de reconocer sus capacidades como agentes comprometidos críticamente y vaciar cualquier noción política que exija seriedad, responsabilidad social y exigencias de coraje cívico.

Sin embargo, también hay un lado subversivo en la cultura popular cuando se utiliza como un recurso poderoso para mapear e involucrar críticamente la política en el día a día, movilizar narrativas alternativas al capitalismo y activar esas necesidades vitales para la producción de los modos más críticos y compasivos de la subjetividad. Por desgracia, como Stuart Hall (2011) lamentó, muy pocos pensadores progresistas tienen un "sentido de la política de ser educativa, de la política como elemento que cambia la forma de ver las cosas". Hall (2011) apuntaba en parte a un fracaso de la izquierda a tomar en serio el inconsciente político y la necesidad de utilizar medios alternativos como teatro, revistas *online*, agencias de noticias u otros recursos. De hecho, el cine, la televisión, los medios de comunicación social y otros instrumentos de la cultura se pueden utilizar para hacer de la educación un elemento fundamental para una política que sea emancipadora y totalmente comprometida con el desarrollo de una cultura formativa democrática. Existe un enorme valor pedagógico en centrarse en las raras representaciones de oposición que se ofrecen en los medios de comunicación dominantes. Aquí, está en juego la necesidad de que los progresistas no sólo para entender la cultura popular y sus mecanismos culturales así como los modos de la ideología dominante, sino también para utilizar seriamente la cultura popular como una herramienta para reactivar la imaginación radical.

Cualquier persona que tenga interés en la supervivencia de la democracia debe tener en cuenta el papel político de la educación, ya que moldea la forma en que los individuos piensan, el desean y sueñan; y deben luchar para que la educación sea fundamental para una nueva política. Algunos teóricos desde Antonio Gramsci y Raymond Williams a Paulo Freire y Stanley Aronowitz han sostenido durante los últimos cincuenta años que la educación es crucial para el desarrollo de cualquier formación política radical. Para desafiar el dominio neoliberal de todas las instituciones culturales y educativas en los Estados Unidos, esta formación tendría que imaginar y desarrollar nuevos programas que se extiendan desde la creación de diarios y revistas *online* hasta el desarrollo de escuelas alternativas, así como el lanzamiento de una educación integral en defensa de esas instituciones educativas formales que han actuado históricamente como una garantía para la democracia.

El estado actual de la educación superior sugiere que la izquierda, en sus diferentes registros, tiene que crear sus propios intelectuales públicos en diferentes espacios que van desde las universidades, las escuelas hasta los medios los medios de comunicación para crear espacios alternativos donde circulen diferentes significados. Estoy totalmente de acuerdo con el fallecido Pierre Bourdieu (1998) cuando insistió en que es de enorme importancia política "para defender la posibilidad y necesidad de que haya intelectuales" como aquel que es un crítico incansable de las cosas existentes en el estado. Los intelectuales tienen la responsabilidad de conectar su trabajo a importantes cuestiones sociales, colaborar con los movimientos populares, y participar en la elaboración de las políticas que benefician a todas las personas y no sólo a unos pocos. En el corazón de esta propuesta, existe la necesidad de reconocer que las ideas son importantes en la lucha contra el autoritarismo, y que la pedagogía debe ser fundamental en cualquier noción viable de política y lucha colectiva. Los intelectuales públicos tienen la obligación de trabajar por la paz mundial, la libertad individual, la atención de los demás, la justicia económica y la participación democrática, especialmente en un momento de la violencia legítima y la tiranía. No hay democracia verdadera sin una verdadera crítica del poder. La noción misma de ser un intelectual público comprometido implica no ser ni ajeno ni violar lo que significa ser un erudito académico, siendo esto fundamental para la definición del propio intelectual. En pocas palabras, los académicos tienen el deber de entrar en la esfera pública sin miedo a tomar posiciones y generar controversia, funcionan como testigos morales, crean conciencia política, y hacen las conexiones a aquellos elementos del poder y la política que a menudo permanecen ocultos de la vista pública. También tienen el deber de participar en las prácticas pedagógicas que renuncien a la idea de que la enseñanza es un acto o práctica imparcial.

Como Paulo Freire (1998) señaló, la pedagogía se basa en la responsabilidad ética de crear las condiciones para que los estudiantes sean auto-reflexivos, bien informados, y sean capaces de conectar el aprendizaje con el cambio individual y social. El papel del educador crítico es hacer frente a importantes problemas sociales y fomentar la acción humana en lugar de moldear, con el fin de promover la conciencia crítica, que significa educar al sujeto a ser un agente individual y social crítico y comprometido. La pedagogía en este caso es una práctica ética y política que insta a los estudiantes a ver más allá de sí mismos, dejando de privilegiar el interés propio, y llegar a ser un individuo activo en la conformación del poder, el gobierno, la igualdad y la justicia.

La educación superior debe ser ampliamente entendida como una esfera, un espacio público democrático en el que la educación que permite a los estudiantes desarrollar un determinado sentido de la justicia profética, reclamando su agencia moral y política, utilizando la capacidad de análisis crítico y cultivando una sensibilidad ética a través del cual aprender a respetar los derechos de los demás. Lo que está en juego aquí es que los estudiantes creen esferas públicas alternativas, utilizando los medios de comunicación con el fin de que sus voces sean escuchadas y hacer que las ideologías y modos de conocimiento crítico central para sus propias luchas sean visibles. Los estudiantes pueden luchar a través de sindicatos, crear grupos de estudio alternativos, conectar con los movimientos sociales fuera de la universidad así como trabajar con las comunidades vecinas a unirse en torno a las luchas con un interés común tales como la prevención de la mercantilización de los servicios públicos, los bienes públicos y la creciente paramilitarización de las fuerzas policiales en los Estados Unidos. También pueden producir sus propios intelectuales públicos dispuestos a escribir para los medios de comunicación alternativos, dar entrevistas en cadenas de radio y trabajar con revistas y

editores de libros para producir material que inspire y de energía a su generación así como a otras luchando para redefinir el significado de la democracia.

La educación superior tiene la responsabilidad no sólo de buscar la verdad, independientemente de cual sea su dirección, sino también de educar a los estudiantes para que la autoridad y el poder sean político y moralmente responsables. La educación superior es una de las pocas esferas públicas que dan la posibilidad de mantener una cultura formativa democrática. Cuando se participa en la comunicación del conocimiento crítico, los valores y el aprendizaje, ésta ofrece una visión de la educación prometida para fomentar los valores públicos, una educación para la esperanza y una democracia sustantiva. La democracia coloca las demandas civiles sobre sus ciudadanos, y tales demandas apuntan a la necesidad de una educación que sea amplia y crítica, y que apoye los valores cívicos más relevantes, la participación en el autogobierno y el liderazgo democrático. Sólo a través de una formación que sea así y con una cultura educativa crítica los estudiantes podrán aprender a convertirse en agentes individuales y sociales de cambio, en lugar de espectadores simplemente desvinculados. Es un valor imperativo que las generaciones actuales y futuras puedan pensar de manera independiente, actuando sobre los compromisos cívicos que exigen un reordenamiento de las disposiciones básicas de poder fundamentales para promover el bien común y la generación de una democracia significativa.

Quiero concluir este artículo haciendo hincapié en que no es posible creer en la promesa democrática de la educación superior y en promover la normalización de una visión distópica de la misma de forma simultánea. La búsqueda de la democracia tiene que ser realista, sin duda, pero no desesperada. Tampoco hay lugar en este optimismo para una utopía romántica. En su lugar, uno tiene que estar motivado por una fe en la voluntad de las personas para luchar juntos por un futuro en el que imperen la dignidad, la igualdad y la justicia, mientras que al mismo tiempo se reconozcan las fuerzas represivas que dificultan la lucha. Más específicamente, la esperanza tiene que ser alimentada por el deseo de la acción colectiva. El poder nunca está completamente de parte de la dominación; sin embargo, en estos tiempos, la resistencia no es un lujo sino una necesidad. Los que creen en una educación superior para la democracia tienen que involucrar a los estudiantes en primer lugar con los problemas de desigualdad económica y con la superación de la fragmentación social, en segundo lugar con desarrollar una formación social internacional para la democracia radical y la defensa del bien público, y por último comprometiéndolos con formas de financiación de las actividades de oposición, evitando la influencia corruptora de la empresa que se encuentra en el poder, tomando en serio la naturaleza educativa de la política y la necesidad de cambiar la forma de pensar y desarrollar un concepto integral de política y la visión de igualdad. La historia está abierta, aunque las puertas se están cerrando rápidamente. Lograr la promesa de una democracia, una educación como práctica de la libertad, y las exigencias de la justicia, es el principal reto que debe conducir la misión y el sentido de la educación superior, ya que enseña a los jóvenes lo que significa no sólo ser educado, sino también ser social y éticamente responsable con los demás y con el mundo en general.

Referencias

- Alexander, M. (2012). *The new jim crow: mass incarceration in the age of colorblindness*. Nueva York: New Press.
- Arendt, H. (2006). *Eichmann in Jerusalem: a report on the banality of evil*. Nueva York: Penguin Classics (Original publicado en 1963).
- Boardman, W. (2014). *Does an honorary degree relate to free speech? Not much*. Recuperado de <http://readersupportednews.org/opinion2/277-75/23766-does-an-honorary-degree-relate-to-free-speech-not-much>
- Bouie, J. (2014). Dick cheney's america: of course americans are OK with torture. Look at how we treat our prisoners. Recuperado de <http://www.slate.com/>
- Bourdieu, P. (1998). *Acts of resistance*. Nueva York: New Press.
- Chomsky, N. (1984). US Aid and Torture: A Correlation. *Journal of Palestine Studies*, 13(2),184-192.
- Cohn, M. (2014). *Torture report confirms team bush war crimes*. Recuperado de <http://www.globalresearch.ca/torture-report-confirms-team-bush-war-crimes/5420286>
- Currie, E. (1997). Market, crime and community: toward a mid-range theory of post-industrial violence. *Theoretical Criminology*, 1(2), 147-172.
- Davis, A. (2012). *The meaning of freedom*. San Francisco, CA: City Lights Books.
- Derber, C. (2013). *Sociopathic society*. Boulder, CO: Paradigm.
- DiMaggio, A. (2011). *The rise of the tea party*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Duménil, G. y Levy, D. (2001). *The crisis of neoliberalism*. Boston, MA: Harvard University Press.
- Feld, G. (2007). *The war on choice: the right-wing attack on women's rights and how to fight back*. Nueva York: Bantam.
- Ferguson, C. (2013). *Predator nation: corporate criminals, political corruption, and the hijacking of America*. Nueva York: Crown Business.
- Freire, P. (1998). *Pedagogy of freedom*. Boulder, CO: Paradigm.
- Friedman, M. (2002). *Capitalism and freedom: 40 anniversary edition*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Fuentes, A. (2015). *Lockdown high*. Londres: Verso.
- Gilens, M. y Page, B.I. (2014). *Testing theories of American politics: Elites, Interest groups, and average citizens*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Giroux, H.A. (2007). *The university in chains: Confronting the military-industrial-academic complex*. Boulder, CO: Paradigm.
- Giroux, H.A. (2008). *Against the terror of neoliberalism*. Boulder, CO: Paradigm.
- Giroux, H.A. (2009). *Youth in a suspect society*. Boulder, CO: Paradigm.
- Giroux, H.A. (2012). *Education and the crisis of public values*. Nueva York: Peter Lang.
- Giroux, H.A. (2013a). *America's educational deficit and the war on youth*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Giroux, H.A. (2013b). *Twilight of the social*. Boulder, CO: Paradigm.

- Giroux, H.A. (2014). *The violence of organized forgetting: thinking beyond america's disimagination machine*. San Francisco, CA: City Lights Books.
- Giroux, H.A. (2014a). *Neoliberalism and the machinery of disposability, truthout*. Recuperado de <http://www.truth-out.org/opinion/item/22958-neoliberalism-and-the-machinery-of-disposability>.
- Giroux, H.A. (2014b). *Neoliberalism's war against higher education*. Chicago, IL: Haymarket Press.
- Giroux, H.A. (2014c). *Zombie politics and culture in the age of casino capitalism*. Nueva York: Peter Lang.
- Goodman, A. (2014). *War criminals shouldn't be honored": rutgers students nix condoleezza rice from commencement speech*. Recuperado de <http://truth-out.org/>
- Greenwald, G. (2014). *No place to hide: edward snowden, the NSA and the US surveillance state*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Gurr, B. (2014). *Reproductive Justice: the politics of health care for native american women*. Newark, NJ: Rutgers University Press.
- Halberstam, M. (1999). *Totalitarianism and the modern conception of politics*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Hall, S. (2011). The march of the neoliberals. *The Guardian*. Recuperado de <http://www.guardian.co.uk/politics/2011/sep/12/march-of-the-neoliberals>
- Harvey, D. (2007). *A brief history of neoliberalism*. Nueva York: Oxford University Press.
- Hayek, F. (2007). *The road to serfdom: text and documents*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Hedges, C. (2010). *Democracy in America is a useful fiction, truthdig*. Recuperado de http://www.truthdig.com/report/item/democracy_in_america_is_a_useful_fiction_20100124#
- Herman, E.S. (2001). *Folks out there have a 'distaste of western civilization and cultural values,' center for research on globalization*. Recuperado de <http://www.globalresearch.ca/>
- Leys, C. (2001). *Market driven politics*. Londres: Verso.
- Martin, R. (2002). *Financialization of daily life*. Philadelphia, PA: Temple University Press.
- Mathis, B.T. (2014). *Hands up don't shoot: why are african-american young men being gunned down in our streets*. Nueva York: Create Space Independent Publishing.
- McChesney, R.W. (2014). *Digital democracy*. Nueva York: New Press.
- McKay, T. (2014). *Princeton concludes what kind of government America really has, and it's not a democracy: popular resistance*. Recuperado de <http://www.policymic.com/articles/87719/princeton-concludes-what-kind-of-government-america-really-has-and-it-s-not-a-democracy>
- Rios, V.M. (2011). *Punished: policing the lives of black and latino boys*. Nueva York: New York University Press.
- Saad-Filho, A. y Johnston, D. (2005). *Neoliberalism: a critical reader*. Londres: Pluto Press.
- Steger, M.B. y Roy, R.K. (2010). *Neoliberalism: a very short introduction*. Nueva York: Oxford University Press.
- Stiglitz, J.E. (2015). *In no one we trust*. Recuperado de <http://opinionator.blogs.nytimes.com/>